

«Al ver a Jesús, se postraron . . . » Ellos se postraron ante Jesús, una acción un judío haría sólo ante Dios. «. . . aunque algunos titubeaban . . . » **Nosotros** podríamos decir, «Después de todo este tiempo con Jesús y después de todo lo que ellos habían visto y oído, ¿algunos titubeaban?» Es cierto. Algunos de los apóstoles, los discípulos más cercanos a Jesús, estaban indecisos acerca de este hombre quien habían conocido en su propia carne. ¿Podría ser también Dios, este hombre con quien habían caminado a través del campo, con quien habían compartido comidas? Ahora este hombre les decía, «Me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra». Y «una nube [siempre en la historia del pueblo judío, un símbolo de Dios] lo ocultó de sus ojos». ¿Podría ser?

Desde la resurrección de Jesús luz, poco a poco, había encontrado un camino a las tinieblas de los corazones de los discípulos de Jesús. Habían comenzado, por lo menos a veces, para comprender sus palabras: «Yo y el Padre somos una sola cosa» (Jn 10:30), «El Hijo del Hombre es Señor y tiene autoridad sobre el Sábado» (Lc 6:5), y «En verdad les digo que antes que Abraham existiera, Yo Soy» (Jn 8:58). «Yo soy.» Eso es la traducción de el nombre divino en español, una traducción del nombre *Yahvé*.

Pero algunos de los apóstoles estaban indecisos . . . como nosotros. Nosotros titubeamos, estamos indecisos, ante el pensamiento de la encarnación, de Dios el que bajó a la Tierra, de Dios el que ascendió hoy al cielo, de Dios el que es hombre, un «hombre de carne y hueso, carne transfigurada, pero carne» [sin embargo]. Dios «palpable y visible» ascendió este día.

Y algunos de los más cercanos a él titubeaban. Ellos eran «judíos y, por temor a caer en la idolatría, no admitían ninguna representación de Dios». Ellos titubeaban, pero se postraron ante Jesús de Nazaret.

En nuestra segunda lectura escuchamos a San Pablo. Él entiende muy bien que ese titubeo se puede cambiar en la firme fe **sólo** gracias a una revelación de Dios, y así le pide esa revelación para nosotros para que podamos aceptar que ese hombre, Jesús de Nazaret, que ahora «se sienta a la diestra de Dios es por tanto igual a Dios».

¿Por qué dejan de caminar los once y están de pie asombrados, «[mirando] fijamente al cielo»? ¿Podría haber alguna otra respuesta antes de una revelación como ésta? También nos asombraríamos si nosotros podríamos comprender verdaderamente, completamente dentro de nuestros corazones «que Dios es carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos». «Ésta es la buena nueva de los Evangelios, que no sólo Dios está con nosotros, sino que es uno de nosotros».

«Y ese Señor Jesús que está sentado junto con el Padre, al parecer ausente, está presente con nosotros hasta el fin de los tiempos». Como hemos escuchado en la historia de

Homilía del 1 de junio de 2014

Cleofás y el otro discípulo en su llegada a Emaús, Jesús reveló su maravillosa presencia en la Eucaristía, donde él está esperando a sus amigos. Él «nos invita a comer juntos a su mesa como hermanos» y hermanas.

«Pero hay otras presencias del Señor Jesús». Jesús no limita su presencia a la misa o a ninguna otra reunión litúrgica. Como escribió San Agustín, «Nuestra Cabeza a punto de ascender al cielo encomendó a sus miembros en la tierra a nosotros. A Saúl, el perseguidor de la Iglesia, le dijo desde el cielo: «Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?» Es decir, he ascendido al cielo, pero todavía yo permanezco en la tierra; aquí me siento a la diestra del Padre, pero allí todavía tengo hambre, tengo sed, y soy un forastero» (Sermón en Juan 10). Además, él mismo nos dijo: «. . . donde están dos o tres reunidos en mi Nombre, allí estoy yo, en medio de ellos» (San Mateo 18:20). Cuando hijos y padres se reúnen para orar, cuando dos se unen en Santo Matrimonio, cuando jóvenes comparten unos con otros sus preocupaciones religiosas, Jesús siempre está presente. Está presente en nuestros hogares, en nuestro lugar de trabajo, en nuestros paseos juntos, con amigos en el bar.

«Si alguien me ama, guardará mis palabras, y mi Padre lo amará. Entonces vendremos a él para poner nuestra morada en él».

El Señor Jesús viene a cada uno de nosotros, no como la persona que nos encuentra en las calles o como una reunión de los trabajadores que consiguen el encargo del día, pero viene para vivir con nosotros como un miembro de nuestra familia, relajado, tranquilo, muy cómodo como una persona se siente la amabilidad de la familia. Por lo tanto nunca estaremos solos aunque nadie está con nosotros. El Señor Jesús está a nuestro lado cada día, cuando alguien nos pide ayuda, cuando una persona enferma o un anciano solicita nuestra comprensión y nuestra compañía, hasta cuando una persona nos pide un tazón de agua . . . Porque «cuando lo hicieron con alguno de los más pequeños de estos mis hermanos, me lo hicieron a mí» (San Mateo 25:40).

Hoy el Señor Jesús va al Padre, pero él está con nosotros todos los días; por lo tanto como sus discípulos debemos permanecer llenas de alegría porque no hay ningún lugar donde ni ningún tiempo cuando «vamos a estar lejos de él . . . en la iglesia, en casa, con los amigos, en las calles, en la soledad de la hora de la muerte, en el hospital, en la carretera conduciendo».

«El Señor Jesús se va pero esta despedida no le aleja de nosotros, sino que [su despedida] intensifica sus presencias» entre nosotros y dentro de nosotros.